



Revista

Horizontes Literario



De la mano de Dios

Mery Yanneth Insuasty

Secretaria Facultad de Ciencias de la Salud

En una mañana calurosa del 13 de noviembre de 1985, de las pocas que hay en Pasto, Fernando llegó presuroso a la casa de su suegra, lugar donde vivía provisionalmente con su esposa, a sacar un poco de ropa, pues le habían ofrecido trabajo en Manizales. Pronto serían padres y el trabajo era muy escaso; tenía que ahorrar para el bebé. Janeth organizó todo para el viaje de su esposo, con la preocupación y la tristeza de su partida; en el último momento decidieron viajar juntos; una decisión apresurada.

Empezaron su viaje, el primero de Janeth junto a su esposo, se sentía feliz y segura a su lado. Su embarazo apenas se notaba, era una adolescente de 18 años; Fernando de 23 años, apenas había llegado del ejército. Paisajes nuevos se abrían ante los ojos de Janeth y al principio quería devorar todo, que no pasara nada desapercibido: olores, colores nuevos, todo era bello; su esposo estaba callado y un poco nervioso, era el primer viaje que hacía, siendo responsable de su pequeña familia. En Cali tenían que tomar otro bus que los llevaría a Manizales con la “mala suerte” que el bus 2134 ya tenía completo su cupo, les tocó esperar para tomar otro y continuar su viaje. El cansancio se fue apoderando poco a poco, pues el trayecto era largo, y el sueño entró en la fase donde aunque la mente pide estar despierta, el cuerpo no ayuda. Janeth durmió un poco, pero su esposo seguía silencioso, esperando llegar ansioso a su destino, donde lo esperaba su madre. Ya iniciando la población de Chinchiná, Janeth le pidió que descansara un poco, pero él respondió que descansaría una vez pasaran el puente de Chinchiná.

Ya eran las 10 de la noche, sólo se veía la luz del bus y toda la gente dormía, cuando de repente el bus frenó tan bruscamente que despertó a todos, el conductor dijo: “Dios Santo, el puente no está, y se llevó el bus que venía adelante”... el 2134, el que habían tratado de coger los esposos. El bus quedó justo en el filo del puente y con dificultad fue retrocediendo hasta alcanzar un sitio más seguro. El conductor, confundido y sin saber lo que pasaba, informó a los pasajeros que se devolvería a Pereira, que decidieran si se quedaban en Chinchiná o si regresaban con él. Fernando decidió quedarse con su esposa en Chinchiná, pensó que era más fácil llegar desde ahí. Ya eran las 11 de la noche, el conductor los dejó en mitad de la nada con sus maletas, a lo lejos sólo se escuchaba las sirenas de las ambulancias. Después de preguntar en varios hoteles, encontraron uno que se ajustaba a sus recursos, pues sólo tenían lo justo para llegar a su destino. Las ambulancias pasaban apresuradas y en la calle se miraba gente en pijama que pasaba angustiada y llorando, el cansancio pudo más y no era mucho lo que podían hacer.

Al día siguiente, el encargado del hotel informó que en la noche, una avalancha producida por la erupción del volcán Nevado del Ruiz había llegado hasta Chinchiná y se había llevado los dos puentes: el que comunica a Pereira y el que va a Manizales. La ciudad estaba incomunicada. Tomando el desayuno, las noticias ya reportaban verdaderamente lo sucedido: “se había fundido parte del glaciar de la montaña, enviando lodo, tierra y escombros que tomaron más fuerza al descender por las montañas; en su trayecto, arrasó con el pueblo de Armero, muriendo más de 20.000 de sus 29.000 habitantes. Las víctimas totales llegaron a 23.000, incluyendo a los habitantes de Chinchiná”. Los esposos quedaron en silencio, nunca se imaginaron la magnitud de la tragedia y ahí se dieron cuenta que estuvieron a punto de morir. A esta hora la incertidumbre se había apoderado de los esposos, incomunicados y sin dinero. Volvieron al hotel y para la noche compraron algo para entretener el estómago, había que ahorrar, no se sabía cuándo podrían salir de ahí.

Mientras tanto, en Pasto y en Manizales donde se encontraban los familiares de la pareja, se temía lo peor, no había noticias, únicamente lo que decían los medios de comunicación.

Ya habían pasado tres días después de la tragedia y el dinero se había acabado, sólo contaban con unas pocas monedas; la situación era muy angustiosa. Ya con las maletas en la calle, Fernando intentó llamar a Manizales varias veces, por fin pudo hablar con su madre, la alegría de ella fue infinita al oír a su hijo, pero con la preocupación de su situación; en ese momento doña Bertha recordó que en Chinchiná tenía una amiga, inmediatamente les dio la dirección para que les prestara algo de dinero. Con esto tuvieron para otro día de hotel y comida.

La buena noticia había llegado a Pasto, donde se enteraron de todo lo sucedido; el padre de Fernando recuerda que en ese lugar tiene un amigo de la infancia. Llama a su amigo, quien gustoso le da la dirección de su casa. Al acudir a dicha dirección, sale un señor delgado y los invita a pasar, e inmediatamente salen sus tres hijos y su esposa a recibirlos. Por cosas del destino y de Dios la esposa de aquel señor era prima hermana de la mamá de Janeth... ¿Cómo así?, familiares y amigos de la infancia, ¿coincidencia? Esa familia era maravillosa, los atendieron como nunca se imaginaron y les ofrecieron hasta su propio cuarto sin reservas de ningún tipo.

Los días pasaban, del lado de Pereira estaban arreglando el puente, era la única esperanza, los alimentos ya empezaban a escasear, la situación ya era bastante incómoda y difícil; Janeth, con su embarazo, ya sentía las consecuencias de todo lo sucedido. Los noticieros hablaban todo el día de la tragedia, contaban historias desgarradoras. A los quince días, informaron que ya se podía pasar a Pereira. Las cosas se normalizaron un poco en el pueblo, ya era hora de salir, pero esta vez la avioneta era la única forma de llegar a Manizales. Con más dinero prestado, se encaminaron a Pereira, no sin antes despedirse y agradecer a aquella familia tan feliz, que los acogió todos esos largos días de angustia y que les mostró que así sea en los momentos más duros, es fácil compartir lo poco que se tiene, si se hace de corazón. En Pereira ya pudieron tomar la avioneta que los llevaría por fin a su destino.

Así comenzó la vida de una pareja, que después de tantos tropiezos se aferró más a Dios, pues no cabe duda que Él estuvo presente en cada instante de su viaje y los salvó de la muerte; puso a las personas correctas en el camino y los protegió hasta el final. Los esposos fueron premiados con una hermosa y pequeña niña que nació a los siete meses de gestación.